

LIBRO dot.com

"NO SOY UNA LUZ"

FRANZ KAFKA

No Soy Una Luz



Franz Kafka

Digitalizado por **LIBRO** dot.com
<http://www.librodot.com>

I (LA CONDENA)

Sólo en el lecho mortuario nos es permitido dejar que las cosas malas sigan siendo malas.

*18 de marzo de 1910
Carta a Max Brod.*

Frío y calor se alternan en mi interior con la palabra cambiante dentro de la frase; sueño auge melódico y caída, leo frases de Goethe, como si mi cuerpo entero recorriera las acentuaciones.

*13 de febrero de 1912
Diarios.*

Esta historia de La condena la he escrito de un solo tirón en la noche del 22 al 23, desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana. Me costó mucho trabajo sacar mis piernas tías de tanto estar sentado debajo del escritorio. Ese terrible esfuerzo y la alegría de ver cómo la historia iba desarrollándose ante mí, cómo iba avanzando sobre las aguas. Varias veces en esta noche mis espaldas cargaron con mi peso. Cómo pueden decirse todas las cosas, cómo para todo, para las más extrañas ocurrencias, hay dispuesto un enorme fuego, en el cual se consumen y renacen. Tras la ventana se hizo el azul. Pasó un coche. Dos hombres cruzaron el puente. A las dos consulté por última vez el reloj. Cuando la criada pasó por primera vez por la antesala, escribí la última frase. Apagué la lámpara; luz diurna. Esos débiles dolores de corazón. Ese cansancio que desapareció mediada la noche. Mi trémula entrada en la alcoba de las hermanas. Lectura en voz alta. Antes, el estirarse ante la criada y decir: "He escrito hasta en la historia sólo vive a través de la relación con el amigo, esto es, con el elemento común, y que debido a la ausencia de boda no puede integrarse en los lazos de sangre que enmarcan a padre e hijo, es ahuyentada con facilidad por el padre. Todo lo común se alza en torno al padre..."

*11 de febrero de 1913
Diarios.*

-He leído La condena.

-¿Le ha gustado?

-¿Gustado? ¡El libro es terrible!

-En efecto.

-Me gustaría saber cómo llegó a escribirlo. La dedicatoria -a F.- no debe ser una mera formalidad. Seguramente, quiso usted decirle algo a alguien mediante este libro. Me gustaría conocer el contexto.

Kafka sonrió embarazado.

-Soy impertinente. Perdóneme -dije.

-No es necesario que se disculpe. El hombre lee para preguntar. La condena es el fantasma de una noche.

-¿Cómo?

-Es un fantasma - repitió con la dura mirada perdida en la lejanía.

-Pero si usted lo ha escrito.

-Esto sólo es la constatación y, con ello, el rechazo logrado del fantasma.

1920-23

*Conversación entre Kafka y
Gustav Janouch.*

II (AMÉRICA)

He estado largo tiempo junto a la ventana, apretando mi cuerpo contra los vidrios, y en más de una ocasión me habría gustado que mi caída diera un buen sobresalto al pasajero del puente. Pero durante todo este tiempo me he sentido demasiado fuerte para que mi decisión de estrellarme contra el empedrado haya podido hundirme en la profundidad realmente decisiva. También me pareció que el quedarme con vida interrumpiría -incluso si sólo se hablara de la interrupciónmi acción de escribir menos que la muerte, y que entre el inicio de la novela y su prosecución dentro de quince días me moveré y viviré precisamente en la fábrica de mi padre, precisamente frente a mis tranquilizados padres, en lo más íntimo de mi novela.

*Praga, 8 de octubre de 1912
Carta a Max Brod.*

... La historia que estoy escribiendo y que está planeada hacia lo infinito, se titula, para darle una idea provisional, El desaparecido, y se desarrolla exclusivamente en los Estados Unidos de Norteamérica... Se trata del primer trabajo de envergadura que

después de quince años de tormento desconsolador, con escasas excepciones, me hace sentir seguro desde
hace un mes y medio...

*Praga, 11 de noviembre de 1912
Carta a Felice.*

Ayer logré dar término muy forzadamente, te al capítulo sexto y, por consiguiente, de forma tosca y deficiente: he suprimido dos personajes que debieran haber aparecido en él. Durante todo el rato que estuve escribiendo, corrieron detrás de mí, y puesto que en la novela estaba previsto que levantarían los brazos y mostrarían los puños, hicieron esto mismo contra mí. De continuo se mostraban más vivos que lo que yo escribía. A todo ello hay que añadir que hoy no escribo, no porque no quiera, sino porque una vez más tengo los ojos hundidos. (...) Para aumentar todavía más mis otros tormentos con aportaciones propias, releí un poco el tercer capítulo, y he comprendido que se necesitan unas fuerzas completamente diferentes a las mías para poder sacar este asunto de la vulgaridad.

*Praga, 13 de diciembre de 1912
Carta a Max Brod.*

En el curso de muchos años sólo he llorado una vez, hace dos o tres meses. Pero en esa ocasión me sobrevino dos veces consecutivas, estando sentado en mi sillón. Temí que los indomables sollozos pudieran despertar a mis padres en la habitación contigua: era de noche, y la causa de todo fue un pasaje de mi novela.

*Praga, 28 de noviembre de 1912
Carta a Felice*

Mi novela sigue avanzando, aunque sea lentamente, sólo que su rostro se parece de forma horrible al mío.

*Praga, noche del 13 al 14 de diciembre de 1912
Carta a Felice*

La novela ha avanzado de nuevo otro poquito; me aferro a ella, dado que la historia¹ me ha rechazado. Además, esa narración la había comenzado exigiendo demasiado de mí; en el mismo inicio tenían que hablar simultáneamente cuatro personas y participar de forma activa en todo. Pero sólo soy capaz de ver por entero tantas personas cuando lentamente van tomando cuerpo y a partir del curso de la narración. Por desgracia, al comienzo de la historia sólo fui capaz de dominar dos personajes. Y cuando son cuatro las personas que apremian por aparecer y uno sólo tiene la mirada para dos, se produce un embarazo triste, por así decirlo, social. Los dos no quieren en modo alguno quitarse la careta. Pero dado que mi mirada va errando por todas partes, quizás logre captar también las sombras de esos dos personajes. Pero en contrapartida, los dos personajes firmes, abandonados momentáneamente, comienzan a mostrarse inseguros, hasta que, por último, todo se derrumba. ¡Lástima!

(..)

¡Ojalá te hubiese escrito a ti, como me había propuesto, en lugar de escribir en la novela!

Praga, del 25 al 26 de diciembre de 1912

Carta a Felice

Querida: te pido con las manos alzadas que no sientas celos de mi novela. Cuando los personajes en la novela se dan cuenta de tus celos, se me escapan, más aun cuando sólo los tengo agarrados por la punta de sus vestidos. Y ten en cuenta que, si se me escapan, tendría que correr tras ellos, aunque fuera hasta el mundo de las tinieblas, su verdadero hogar. La novela soy yo, mis historias soy yo. Así que, te ruego, ¿dónde existe el menor motivo de celos? De hecho, cuando todo lo demás está en orden, mis personajes se toman del brazo y corren a tu encuentro, para, en último término, servirte a ti. Cierto que, incluso en tu presencia, no me desprendería de la novela; sería terrible que fuera capaz de ello, pues gracias a que escribo me mantengo con vida, me aferro a esa barca en la cual te encuentras tú, Felice. Ya resulta bastante triste que no consiga apartarme a ella. Pero comprende, Felice, que tendría que perderte a ti y a todas las cosas si alguna vez perdiera el escribir.

Praga, del 2 al 3 de enero de 1913

Carta a Felice.

¡Pobre, pobre querida) Nunca te sientas obligada a leer esa miserable novela que

¹ Se desconoce a qué historia hace referencia.

estoy escribiendo con torpeza. Resulta terrible cómo puede cambiar de aspecto; cuando la carga está encima del carro (¡con qué brío escribo, cómo vuelan los borrones de tinta!), entonces me encuentro a gusto, quedo extasiado por los restallidos del látigo y me siento un gran señor; pero cuando la carga se me cae del carro como ayer y hoy (y esto es algo imprevisible, inevitable, y no silenciabile), parece sobremanera pesada para mis doloridos hombros, y entonces preferiría abandonarlo todo y cavarme allí mismo mi fosa. Al fin y al cabo no puede existir ningún lugar más bonito para morir, más digno de la desesperación total, que la novela escrita por uno mismo. Precisamente en estos momentos, dos personajes bastante agotados desde ayer, están manteniendo una conversación en dos balcones contiguos de un octavo piso, y a las tres de la madrugada. ¿Qué pasaría si desde la calle les dirigiera un "adiós" y los abandonara para siempre?

Se derrumbarían en sus balcones, y, con rostros cadavéricos, se contemplarían mutuamente a través de los barrotes de la baranda. Sin embargo, querida, sólo estoy amenazando, en definitiva no lo hago. Si... -nada de si, ya vuelvo a desvariar.

*Carta a Felice
Praga, del 5 al 6 de enero de 1913*

... Por añadidura, desde hace una semana duermo como si estuviera de guardia; me despierto sobresaltado a cada instante. Los dolores de cabeza se han convertido ya en un fenómeno regular y otros nerviosismos menores y cambiantes tampoco dejan de actuar sobre mí. En resumidas cuentas: dejo de escribir por entero y me dedicaré a descansar de momento durante una semana, pero en realidad quizás llegue a hacerlo más tiempo. Ayer por la noche ya dejé de escribir, y de inmediato he gozado de un sueño incomparablemente mejor.

*Praga, domingo 26 de enero de 1913
Carta a Felice*

Que escriba, me recomienda mi más íntimo amigo. Que escriba, a pesar de que mi cabeza está tan insegura y a pesar de que hace un ratito he tenido ocasión de apreciar la deficiencia de mis escritos.

*Praga, 1 de mayo de 1913
Carta a Felice*

Nosotros, los judíos, ya nacemos viejos.
Uno fotografía cosas para ahuyentarlas de la mente. Mis historias son una especie de

cerrar los ojos.

1920-1923.

Conversación de Kafka con Gustav Janouch.

III (LA METAMORFOSIS)

Una vez más no contesto a nada, pero es que el contestar es cosa de la comunicación oral; escribiendo uno llega a no entender nada, a lo sumo logra un presentimiento de felicidad. Por cierto que todavía te escribiré hoy mismo, a pesar de que aún tengo que correr bastante de un lado a otro y dejar escrito un pequeño cuento que se me ocurrió en la cama, en esa desolación, y que me aflige íntimamente.

Praga, 17 de noviembre de 1912

Carta a Felice

Así que hoy, querida, tendré que abandonar mi pequeña historia, en la que he trabajado menos que ayer, y que debido a este condenado viaje a Kratzau tendrá que reposar uno o quizás dos días. Esto me sabe muy mal, aunque ojalá no tenga ninguna consecuencia grave para la historia, que todavía precisa de tres o cuatro noches de trabajo. Con la consecuencia grave me refiero a que la narración ya ha quedado bastante maltrecha debido a mi forma de trabajo. Un cuento de este tipo habría de escribirse a lo sumo con una sola interrupción en sesiones de diez horas; entonces tendría su curso y vigor naturales, tal como lo imaginé el domingo pasado en mi mente. Pero no dispongo de dos veces de diez horas. De esta forma sólo resta intentar lo mejor posible, dado que lo mejor le está vedado a uno. Pero lástima que no te la puedo leer, lástima, lástima...

Praga, 25 de noviembre de 1912

Carta a Felice

De veras, Felice, cuando por la noche me encuentro sentado aquí a solas, sin haber escrito nada especial, como ayer y hoy, algo se arrastra turbio e indiferente, y la necesaria claridad sólo lo ilumina por unos instantes.

Praga, 27 de noviembre de 1912

7

Carta a Felice

Querida, quizás debiera haber pasado toda la noche escribiendo. Hubiera sido mi obligación, pues me encuentro muy cerca del final de mi pequeña historia, y la uniformidad y el fuego de unas horas seguidas serían muy beneficiosos para este final... A pesar de todo, no me atrevo a acabar ahora. Debido a esta tarea de escribir, que en realidad todavía no practico desde demasiado tiempo con este carácter regular me he convertido de un empleado nada modelo, pero bastante útil para algunas cosas (mi título provisional es el de pasante), en un auténtico terror para mi jefe. Mi escritorio en el despacho jamás ha sido ordenado, pero en la actualidad está cubierto de un enorme montón de papeles y documentos; sólo conozco superficialmente lo que está encima de todo, abajo sólo adivino cosas tremendas. A veces incluso me parece cómo entre la hora de escribir por un lado y la oficina por otro, casi quedo exhausto. Luego vienen también tiempos en que logro equilibrar felizmente ambas cosas, en especial cuando en casa he escrito mal, pero temo que con el tiempo se me esté yendo esta capacidad (no la de escribir mal).

Praga, 3 de diciembre de 1912

Carta a Felice

¡Llora, querida, llora, ahora que ha llegado el tiempo de llorar! Hace un rato ha muerto el protagonista de mi pequeña historia. Si puede consolarte, te diré que ha muerto en paz y reconciliado con todos. La historia en sí todavía no ha terminado del todo, ya no tengo demasiadas ganas y dejo el final para mañana. Por otra parte, ya es muy tarde y me ha costado bastante superar la interrupción de ayer. Lástima que en algunos pasajes de la historia queden grabados mis estados de cansancio, e interrupciones y preocupaciones que nada tienen que ver con ella. A buen seguro podría haber sido elaborada con mayor pureza, cosa que se comprende sobre todo en las páginas dulces. Esta es precisamente la sensación que me atormenta de continuo: yo mismo, con las fuerzas configuradoras que siento dentro de mí, aparte de su poder y tenacidad, con unas circunstancias de vida más favorables habría logrado un trabajo más puro, conciso y organizado que el realizado ahora.

Probablemente del 5 al 6 (le diciembre de 1912)

Carta a Felice

Cuando uno cierra las puertas y ventanas ante este mundo, todavía puede conseguirse aquí y allá la apariencia y casi el inicio de la realidad de una hermosa existencia.

Praga, sábado 1 de marzo de 1913

Carta a Felice

(...) ahora he leído en casa *La metamorfosis* y la encuentro mala. Quizás me encuentre realmente perdido, volverá la tristeza de esta mañana, no podré resistirlo demasiado tiempo, me quita toda esperanza. Ni tan sólo tengo ganas de llevar un diario íntimo, quizás porque ya falten demasiadas cosas en él, quizás porque de continuo debería escribir formas de actuación a medias y por lo visto necesariamente a medias, quizás porque incluso el escribir contribuye a mi tristeza.

*20 de octubre de 1913
Carta a Kurt Wolff*

Un caso difícil: ¿Soy acaso un jinete de circo que cabalga sobre dos corceles? Pero por desgracia no soy jinete, sino que estoy tirado en el suelo.

Praga, 7 de octubre de 1916

Todavía esta misma mañana lo leí con terror; con terror bajo la acerada mirada del animal cuando se va acercando al sofá. Probablemente estas cosas nos resultan familiares a todos nosotros, ¿pero quién lo puede hacer así? Yo también lo intenté impotente hace años, pero en lugar de acercarme al escritorio, preferí esconderme bajo el sofá, donde todavía se me puede encontrar hoy.

*Praga, verano de 1923
Carta a Oskar Baum*

IV (EL PROCESO)

No me dejaré dominar por el cansancio. Saltaré a mi nueva novela, aunque con ello me destroce la cara.

*13 de noviembre de 1910,
a las diez Carta a Hedwig W.²*

² La muchacha que Kafka conoció durante una visita a su tío Siefred Löwy (el "médico rural") en la ciudad

Dos páginas escritas en completo desamparo. Hoy he retrocedido mucho, a pesar de haber dormido bien. Pero sé que no debe ceder si a través de los más bajos sufrimientos de mi escribir, ya muy reducido por mi restante forma de vivir, quiero alcanzar la libertad mayor, que quizás me esté esperando.

*1 de noviembre de 1914 .
Diarios*

No puedo seguir escribiendo. Me encuentro en el límite definitivo, ante el cual quizás deba permanecer de nuevo décadas enteras, para empezar una vez más una nueva historia que quedará inconclusa. Este destino me está persiguiendo. También vuelvo a estar frío e insensato, sólo permanece el senil amor por el descanso total. Y cual un animal separado por entero del hombre, ya estoy moviendo de nuevo el cuello y quiero intentar recuperar a F. (elite) para este interludio. Y lo intentaré de veras, siempre que el malestar por mí mismo no me lo impida.

*30 de noviembre de 1914
Diarios*

Ayer, por vez primera desde hace tiempo, indudable capacidad para un buen trabajo. Y sin embargo, sólo ha quedado escrita la primera página del capítulo de la madre, porque ya llevo dos noches sin dormir, porque ya por la mañana han aparecido los dolores de cabeza, y porque tenía excesivo miedo ante la próxima jornada. He tenido que admitir de nuevo que todo lo escrito de forma fragmentaria y no en su mayoría (o incluso en su totalidad) durante la noche, es de baja calidad, y que estoy condenado a esta baja calidad por mis condiciones de vida.

*8 de diciembre de 1914
Diarios*

Trabajando desde agosto, por regla general ni poco ni mal, pero ni en este ni en aquel sentido hasta los límites de mi capacidad, tal como habría tenido que ser, en especial cuando, según todos los indicios (insomnio, dolores de cabeza, debilidad cardíaca) mi capacidad ya no durará demasiado.

de Trest, en Moravia (Checoslovaquia).

31 de diciembre de 1914
Diarios

No adjunto las novelas. ¿Por qué remover los antiguos esfuerzos? ¿Sólo porque hasta ahora no les he prendido fuego? (...) ¿Cuál es el sentido de guardar tales trabajos malogrados 'incluso' artísticamente? El que tiene la esperanza de que todos estos fragmentos lleguen a componer un conjunto, alguna instancia de apelación, a la cual acudir cuando me encuentre en algún apuro. Sé que eso no es posible, que de allí no vendrá ayuda alguna. ¿Qué debo hacer entonces con las cosas? ¿Acaso las cosas que no pueden servirme de ayuda, por añadidura han de perjudicarme, tal como ha de ocurrir, dando por sabido este conocimiento?

Praga, finales de diciembre de 1917
Carta a Max Brod

V (CARTA AL PADRE)

Lo que tanto temo, lo que me asusta con los ojos abiertos y con insensato ensimismamiento en el miedo (si pudiera dormir tal como me hundo en el miedo, ya no viviría), es sólo esta conjunción interna contra mí (que entenderás mejor con ayuda de la carta a mi padre, pero tampoco del todo, pues esta carta está construida demasiado enfocada a su destino), que se funda en que yo, que en el gran juego de ajedrez ni tan sólo soy peón de un peón, lejos de ello, en contra de las reglas de juego y para desconcierto general me pro, pongo ocupar el lugar de la reina -yo, peón del peón, una pieza que ni tan sólo existe, que no participa en el juego- y luego quizás también el lugar del rey mismo o incluso el tablero entero; y que si realmente quisiera hacerlo, habría de suceder de otra forma, más inhumana.

Praga, verano de 1920
Carta a Milena

Mañana te enviaré a tu, casa la carta a mi padre. Guárdala por favor muy bien, pues quizás' pudiera decidirme algún día a entregársela al padre. No permitas que nadie la vea. Y al leerla, debes comprender todas las tretas legales: se trata de una carta de abogado. Y

no olvides entonces tu gran "a pesar de ello".

*Praga, verano de 1920
Carta a Milena*

En efecto, el vivir en casa de los padres es malo. Pero no sólo el encontrarse bajo el mismo techo, sino la vida misma, el dejarse caer dentro de este círculo de bondad, de amor; sí, no conoces la carta a mi padre, las sacudidas de la mosca en la tira de papel engomado. Ahora bien, a buen seguro también esto tiene su lado bueno; uno lucha en Maratón y el otro en el comedor, pues el dios de la guerra y la diosa de la victoria se encuentran en todas partes.

*Praga, verano de 1920
Carta a Milena*

VI (SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR)

Hoy sé ante todo una cosa: el arte tiene más necesidad de la artesanía, que la artesanía del arte. Claro que no creo que uno pueda obligarse a parir, pero sí a educar a los hijos.

*Praga, principios de 1903
Carta a Oscar Pollak*

Hace tiempo que no escribo. Con ello me pasa lo siguiente: Dios no quiere que yo escriba, pero yo tengo necesidad de hacerlo. Así se produce un constante tira y afloja, pero en definitiva Dios es el más fuerte, y hay en ello más desgracia de lo que puedas imaginarte. Hay en mi interior muchas fuerzas atadas a una estaca de la cual nazca quizás un verde árbol, mientras que liberadas podrían ser útiles a mí y al Estado. Pero con quejas no se desprende uno de ruedas de molino, y menos aún cuando uno les tiene cariño.

Praga, 9 de noviembre de 190

Carta a Oscar Pollak

Mi situación no es de infelicidad, pero tampoco de felicidad, no es de indiferencia, ni de debilidad, ni de cansancio, ni conlleva otro interés. Entonces, ¿qué es? El que yo no lo sepa, quizás esté relacionado con mi incapacidad para escribir. Y a ésta creo comprenderla, sin conocer su razón. Resulta que todas las cosas que se me ocurren, no se me ocurren desde la raíz, sino hacia algún lugar de su mitad. Que alguien intente agarrarlas así, intente alguien agarrarse a una hierba que sólo comienza a crecer a medio tallo. Eso sólo lo pueden unos pocos, por ejemplo los acróbatas japoneses, que suben por una escalera que no está apoyada en el suelo, sino sobre las suelas levantarlas de un hombre medio echado, y que no se apoya en la pared, sino que sube por el aire. Yo no sé hacerlo, aparte de que mi escalera no tiene a su disposición estas suelas. Claro que eso no lo es todo, y una pregunta así no me hace hablar. Pero cada día debería haber por lo menos una línea dirigida contra mí, tal como ahora todos dirigen los telescopios contra el cometa³. Y si alguna vez apareciera yo ante esa frase, atraído por ella, tal como me ocurrió por ejemplo durante las últimas Navidades, cuando logré aguantarme en el último instante y cuando realmente parecía estar en el último peldaño de mi escalera, que sin embargo estaba fija en el suelo y apoyada en la pared. ¡Pero qué suelo, qué pared! Y sin embargo, aquella escalera no cayó, tanto la apretaron mis pies contra el suelo, tanto la alzaron mis pies contra la pared.

Principios de 1910
Diarios

Casi ninguna palabra que escribo se adapta a las demás; oigo cómo las consonantes se rozan con sonido metálico, y las vocales lo acompañan con un canto que parece el de los negros en las ferias. Mis dudas forman un círculo en torno a cada palabra, las veo antes que a la palabra, ¿pero qué? No veo en absoluto la palabra, la invento. En definitiva, no sería la mayor desgracia, sólo que entonces tendría que inventar palabras capaces de soplar el olor de cadáver en una dirección que no nos espantara en seguida a mí y al lector. Cuando me siento ante mi escritorio, mis ánimos no son mejores que los del individuo que cae en medio de La Place de L'Opera y se fractura ambas piernas. A pesar del ruido que producen, todos los coches avanzan en silencio de todas partes a todas partes, pero mejor orden que el de los urbanos lo produce el dolor de ese individuo, que le cierra los ojos y hace que la plaza y las calles queden desiertas, sin que los coches hayan de volverse atrás. La mucha vida le duele,

puesto que representa un obstáculo para la circulación, pero el vacío no es menos duro, puesto que libera su dolor propiamente dicho.

³ Se refiere al cometa Halley, cuyo último paso visible desde la tierra tuvo lugar el 10 de mayo de 1910, causando un enorme pánico, pues su cola tiene el venenoso ácido cianhídrico.

15 de noviembre de 1910
Diarios

Cuando a la izquierda finalizan los ruidos del desayuno, comienzan a la derecha los ruidos del almuerzo, por doquier abren las puertas como si quisieran abrir boquetes en las paredes. Pero ante todo permanece el centro de la desgracia. No puedo escribir; no he producido ni una sola línea que reconozca como mía, pero por el contrario he borrado todo cuanto he escrito después de París, que no era mucho. Mi cuerpo entero me advierte ante cada palabra; cada palabra, antes de que permita que yo la escriba, mira primero en torno suyo. Las frases se me parten prácticamente, veo su interior y entonces tengo que acabar en seguida.

Praga, 17 de diciembre de 1910
Carta a Max Brod

Mis fuerzas ya no bastan para ninguna frase más. Sí, si se tratara de palabras, si fuera suficiente colocar una sola palabra, para apartarse luego con la conciencia tranquila de haber colmado esta palabra con todo nuestro ser. (...)

Así es, parece que estoy acabado de raíz: en el último año no me he despertado más de cinco minutos...

19 de enero de 1911
Diarios

A esta tarea literaria no puedo entregarme por completo, tal como habría de ser, y ello por diversos motivos, aparte de mi situación familiar, no podría vivir de la literatura debido al lento proceso de elaboración de mis trabajos y a su carácter especial. Por añadidura, mi salud y mi carácter me impiden dedicarme a una vida que, en el mejor de los casos, sería incierta. Por consiguiente, estoy empleado en una compañía de seguros sociales. Ahora bien, esas dos profesiones jamás pueden soportarse mutuamente ni permitir una felicidad común. La menor felicidad en una se convierte en enorme desgracia para la segunda. Si una noche logro escribir algo bueno, al día siguiente no consigo hacer nada en la oficina. Este continuo contraste empeora cada vez más. En la oficina cumplo externamente con mis obligaciones, pero no así interiormente. Y toda obligación interna no cumplida se convierte en una desgracia, que ya no se mueve de mí.

28 de marzo de 1911
Diarios

Creo que este insomnio sólo se debe a que escribo. Porque por muy poco y malo que escriba, esas pequeñas conmociones provocan mi sensibilidad. En especial hacia el atardecer, y más aún a la madrugada, siento la cercana posibilidad de grandes situaciones que me despiertan bruscamente y podrían hacerme capaz de todo. Y luego, en este barullo general que reina en mí y para dominar al cual me hace falta tiempo, no encuentro ningún momento de sosiego. (...) Sin embargo, mi consuelo está en que no he escrito durante tanto tiempo, que por consiguiente este escribir todavía no ha podido integrarse en mi situación actual, pero que habrá de ser posible con un poco de hombría, aunque sea de forma provisional.

2 de octubre de 1911
Diarios

Por fin lo digo -pero conservo el enorme susto-: que en mi interior todo está dispuesto para una labor literaria, y que una tal tarea significaría para mí una solución celestial y una auténtica vivificación, mientras que aquí en la oficina tengo que robar parte de su carne a un cuerpo capaz de esta felicidad, por culpa de unos miserables documentos.

3 de octubre de 1911
Diarios

Quiero escribir, con un constante temblor en la frente. Estoy sentado en mi cuarto, en el cuartel general del barullo de toda la casa. Oigo como todas las puertas son golpeadas; gracias a su ruido sólo me queda evitado escuchar los pasos de quienes corren entre ellas, pero todavía percibo el golpe del portillo del fogón en la cocina. El padre perfora las puertas de mi cuarto y lo atraviesa arrastrando la bata; en el fogón de la cocina contiguo están rascando las cenizas; en la antesala, como si se encontrara en una calleja parisiense, Valli grita preguntando si alguien ya ha limpiado el sombrero del padre; un silbido, que quiere serme amistoso, levanta el griterío de una respuesta. La puerta del piso se abre con un ruido de garganta acatarrada, sigue abriéndose con el breve canto de una voz femenina, y se cierra con un sordo golpe varonil, que se percibe como el más desconsiderado de todos. Ha salido el padre. Ahora comienza el ruido más dulce, más desesperado, encabezado por las voces de los dos canarios. Ya anteriormente había pensado, pero lo recuerdo de nuevo al oír a los canarios, si no sería conveniente que abriera un palmo la puerta y, cual serpiente, me deslizara a la habitación contigua y así, estirado en el suelo, rogara silencio a mis hermanas y a su señorita de compañía.

5 de noviembre de 1911

Diarios.

(Este fragmente fue publicado por Kafka con el título de Barullo en la revista "Herder-BlStter", 1. 45, Praga, octubre de 1912).

(...) sólo invento cosas buenas cuando estoy libre del papel, en los momentos de elevación, que temo más que ansío, por mucho que los anhele. Pero luego resulta que la invención acude en tal cantidad, que he de renunciar a ella y que tomo a ciegas, al azar, entresacando a puñados de aquella corriente, de modo que en el momento de la redacción esta adquisición resulta no ser nada en comparación con la cantidad en la cual vivía, incapaz de aportar dicha cantidad. Y por consiguiente, resulta mala y obstaculizadora, puesto que atrae de forma inútil.

15 de noviembre de 1911

Diarios

Domingo, doce del mediodía. He malgastado la mañana en dormir y leer el periódico. Este miedo a escribir siempre se manifiesta cuando ocasionalmente, sin estar junto al escritorio, invento frases introductorias al pasaje a escribir, que de inmediato resultan ser inservibles, secas, fragmentarias, y que con sus manifiestos lugares de ruptura presagian un triste futuro.

16 de diciembre de 1911

Diarios

Las dificultades en la terminación de un ensayo, por pequeño que sea, no se deben a que nuestro sentimiento exige para el final de la obra un fuego, que el auténtico contenido no ha sido capaz de producir hasta ahora, sino que más bien nacen de que incluso el más pequeño trabajo del autor exige en sí mismo una autosatisfacción y un abandono a sí mismo, a partir del cual resulta difícil salir al aire del día sin una fuerte decisión y un aliciente externo, de forma que antes de que el trabajo quede finalizado, uno huye llevado por la intranquilidad, de forma que el final ha de ser acabado prácticamente desde fuera y con las manos, que no sólo trabajan, sino que también han de agarrarse.

29 de diciembre de 1911
Diarios

Es posible reconocer en mí una concentración en la tarea de escribir. Cuando mi organismo se dio cuenta de que el escribir era el enfoque más provechoso de mi ser, todos mis esfuerzos tendieron hacia allí y abandonaron todas las facultades relativas a los placeres del sexo, de la comida, de la bebida, de la reflexión filosófica, de la música. Yo iba adelgazando en todas estas direcciones. Era algo necesario puesto que en conjunto mis fuerzas eran tan débiles, que sólo unidas podían utilizarse para escribir. Claro que esta finalidad no la encontré por mí mismo y en forma consciente: llegó por su propia cuenta y ahora sólo se ve obstaculizada, y a fondo, por la oficina.

7 de enero de 1912
Diarios

No debo sobrevalorar lo que he escrito; con ello sólo hago inalcanzable lo que quiero escribir.

26 de marzo de, 1912
Diarios

Jamás he sido una persona que se empeña en imponer algo a cualquier precio. y ésta es precisamente la cuestión. Todo cuanto he escrito, ha sido escrito en un baño tibio; nunca he vivido el infierno eterno de los auténticos escritores, aparte de algunas excepciones que puedo eliminar de este aserto, a pesar de su fuerza quizás ilimitada, debido a su exiguo número y la debilidad con la que jugaban.

Jungborn, 22 de julio de 1912
Carta a Max Brod

En el fondo, mi vida consiste y ha consistido desde siempre en intentos de escribir, por lo general malogrados. Pero cuando dejaba de escribir, ya me encontraba tirado en el

suelo, digno de ser barrido y echado fuera.

Mi forma de vida sólo está organizada para escribir, y si sufre alguna alteración, entonces sólo es para corresponder mejor al escribir, pues el tiempo es breve, las fuerzas exiguas, la oficina un terror, el hogar ruidoso, así que hay que sobrevivir con toda clase de tretas cuando uno no lo consigue con una hermosa vida recta. Claro que la satisfacción ante una treta así que uno logra en la distribución del tiempo, no es nada frente a la eterna queja de que todo cansancio se refleja mucho mejor y más claro en lo escrito que aquello que uno quería escribir realmente.

Praga, 1 de noviembre de 1912

Carta a Felice

Apenas si he escrito lo justo para poder soportar el día de mañana, y permanezco apoyado perezosamente en el sillón con un leve agrado, como si comenzara a desangrarme...

Leitmeritz, del 9 al 10 de diciembre de 1912

Carta a Felice

En cierta ocasión me escribiste que te gustaría estar sentada a mi lado mientras yo escribía. Pero imagínate, entonces no podría escribir, me resultaría del todo imposible hacerlo (ya normalmente no lo consigo mucho). Porque escribir significa abrirse al máximo. La máxima franqueza y entrega en la que una persona cree perderse en las relaciones humanas, y la cual buscará evitar siempre que esté en sus cabales -pues todos queremos vivir mientras vivimos-, esta franqueza y entrega no bastan ni con mucho para escribir. Lo que de esta superficie se lleva al texto escrito -cuando no puede ser de otro modo y las fuentes más profundas callan-, no es absolutamente nada, y se derrumba en el mismo instante en que un sentimiento más auténtico hace tambalear esa superficie exterior. Debido a ello, toda soledad al escribir es poca, todo silencio al escribir es poco, incluso la noche es demasiado poca noche. Y así, todo tiempo del que se dispone es poco, pues los senderos son largos y uno se pierde con facilidad; en ocasiones uno incluso llega a tener miedo, y sin obligación ni atracción siente ganas de volver corriendo (unas ganas que más tarde siempre se castigan duramente). ¡Qué ocurriría entonces si de improviso recibiera uno un beso de la más querida boca! A menudo he pensado que la mejor forma de vida de mí consistiría en encontrarme con mis objetos de escritorio y una lámpara en lo más recóndito de un sótano cerrado herméticamente. La comida me la traerían, pero dejándola siempre lo más alejada posible de un cuarto, tras la puerta más externa del sótano. El camino en busca de la comida, siempre en albornoz, y a través de todas las galerías subterráneas, sería mi único paseo. Luego regresaría junto a mi mesa, comería despacio y con serenidad, para continuar en seguida escribiendo. ¡Qué cosas escribiría entonces! ¡De qué profundidades lo arrancararía! ¡Y sin esfuerzo! Porque la concentración extrema no conoce el esfuerzo. Sólo que quizás no lo aguantaría mucho tiempo y que al

primer fracaso, posiblemente no evitable tampoco en ese estado, sería presa de una enorme locura.

*Praga, del 14 al 15 de enero de 1913
Carta a Felice*

(...)

Resulta completamente equivocado aducir una debilidad del lenguaje y hacer comparaciones entre los límites de las palabras y la inmensidad de los sentimientos. El sentimiento infinito continúa siendo tan infinito en las palabras como lo había sido en el corazón. Lo que resulta claro en el interior de uno, también lo será invariablemente en las palabras. Por ello no hay que temer nunca por la lengua, pero a la vista de las palabras hay que temer a menudo por uno mismo. Porque, ¿quién sabe por sí mismo cuál es su situación? Este turbulento, este empantanado interior somos nosotros mismos; pero por ese sendero que se recorre en secreto, por el cual pasan ante nosotros las palabras, sale a la luz del día del conocimiento de uno mismo; pero aunque todavía continúe oculta, no deja de estar ante nosotros y de ser una visión hermosa o terrible. Así pues, querida, protégeme de esas repugnantes palabras que en esos últimos días he sacado de mi interior.

*Praga, del 18 al 19 de noviembre de 1913
Carta a Felice*

(...)

Por otra parte, apenas hay una palabra que me venga desde su origen, sino que hay que agarrarla en algún lugar muy alejado del camino, por casualidad y con grandes complicaciones...

*Praga, del 17 al 18 de marzo de 1913
Carta a Felice*

Querida, tampoco esto, y quizás ante todo esto es lo que no tienes en cuenta en tus reflexiones, a pesar de que ya hemos escrito bastante al respecto: el que el escribir es mi auténtica buena razón de ser. Si hay algo bueno en mí, es esto. Si no tuviera en la cabeza este mundo, que quiere ser liberado, nunca me habría atrevido a la idea de conseguirte. Lo que ahora digas sobre mis escritos, no importa tanto. Cuando estemos juntos, tendrás que comprender pronto que si no amas lo que escribo, no dispondrás absolutamente de nada a lo cual aferrarte. Entonces estarás terriblemente sola, Felice, no te darás cuenta de cuánto te quiero, y yo apenas te lo podré demostrar, a pesar de que entonces te per-

teneceré quizás de forma muy especial, hoy como siempre. Porque poco a poco acabo deshecho entre la oficina y el escribir (eso es aplicable también ahora, aunque hace 5 meses que no escribo). Si no fuera por la oficina, quizás todo sería diferente y esta advertencia no habría de ser tan dura; pero de esta forma me veo obligado a contenerme todo lo que pueda. Pero qué me dices, Felice, acerca de una vida matrimonial en la cual, por lo menos durante algunos meses al año, el marido regresa de la oficina hacia las 2.30 6 las 3, come, se acuesta y duerme hasta las 7 6 las 8, cena rápidamente, pasea durante una hora, y luego comienza a escribir hasta la 1 ó las 2 de la madrugada. ¿Serías capaz de aguantar todo esto? ¿No saber nada del marido, sino que está en su cuarto escribiendo? ¿Y pasar así todo el otoño y el invierno? ¿Y hacia la primavera recibir a ese hombre medio muerto junto a la puerta del escritorio, para tener que contemplar durante la primavera y el verano cómo se recupera para el otoño y el invierno? ¿Es ésta una vida posible? Quizás, quizás sea posible, pero es preciso que tú reflexiones sobre ello hasta la última sombra de una duda.

*Praga, 21 al 23 de junio de 1913
Carta a Felice*

(...)

¿La oficina? Queda excluido por completo que la pueda abandonar alguna vez. Pero ya no resulta tan imposible que alguna vez me vea obligado a dejarla por- 1 que ya no pueda más. En este aspecto resultan terribles mi inseguridad y mi intranquilidad internas, y también aquí la única razón, la auténtica, está en el escribir. Las preocupaciones por ti y por mí son preocupaciones vitales y, por consiguiente, entran dentro del ámbito de la vida, por lo cual podrían congeniar finalmente con el trabajo en la oficina; pero la oficina y el escribir se excluyen mutuamente, porque el escribir tiene su centro de gravedad en lo profundo, mientras que la oficina ocupa la parte externa de la vida. Así, subo y bajo de continuo, y con ello quedo destrozado.

*Praga, 26 de julio de 1913
Carta a Felice*

Tengo que estar mucho tiempo solo. Todo cuanto he realizado, es sólo un logro de la soledad.

odio cuanto no se refiera a la literatura: me aburre participar en conversaciones (incluso las referidas a la literatura) (...) Las conversaciones quitan importancia, seriedad, verdad a todo cuanto pienso.

*21 de julio de 1913
Diario*

No te espera la vida de esa mujer feliz que tu ves caminar ante ti, no te espera la alegre charla, tomados del brazo, sino una vida monacal al lado de un hombre afligido, triste, callado, descontento, enfermizo, quien -cosa que podría parecerte una locura- está atado con invisibles cadenas a la literatura, y que prorrumpe en gritos cuando uno se acerca a él, porque, según afirma, se tocan sus cadenas.

*Praga, 22 de agosto de 1913
Carta a Felice*

"Hay que escribir en la oscuridad, como en un túnel".

*1913-14
Conversación de Kafka con Max Brod*

Escribo diferente de lo que hablo, hablo diferente de lo que pienso, pienso diferente de lo que debería pensar, y así sucesivamente hasta la más profunda oscuridad.

*Praga, 10 de agosto de 1914
Carta a Ottla Kafka*

Incapaz de escribir una sola línea. Ese bienestar con el cual estuve ayer en los jardines de Chotek y hoy en la plaza Carolina leyendo junto al mar abierto de Strindberg. Ese bienestar hoy en el cuarto. Vacío como una concha en la playa, dispuesto a ser aplastado por un pisotón.

*23 de marzo de 1915
Diario*

Mi vida está constituida por dos elementos. Uno de ellos se alimenta a dos carrillos de tu vida, y en sí sería feliz; pero el otro es como una telaraña destrozada, y su máxima aspiración, no muy frecuente, es estar libre de conmociones, libre de dolores de cabeza. ¿Qué hacemos con este segundo elemento? Ahora hará dos años que trabajé por último vez, y sin embargo no es más que capacidad y ganas de realizar este trabajo.

*Praga, 11 de diciembre de 1916
Carta a Felice*

Ya he indicado que en los escritos y en lo relacionado con ellos he efectuado unos pequeños intentos de independización, de huida, con un mínimo de éxito; tienen pocas probabilidades de seguir adelante, pues muchos indicios me lo confirman. Sin embargo, es mi obligación, o, mejor dicho, mi vida consiste en velar por ellos y cuidar de que no se acerque a ellos ningún peligro, y ni tan sólo la posibilidad de un peligro. El matrimonio es la posibilidad de un tal peligro, aunque también es la posibilidad del máximo estímulo; a mí me basta, sin embargo, que sea la posibilidad de un peligro. ¿Qué haría yo si realmente fuera un peligro? ¿Cómo podría seguir viviendo en el matrimonio con el sentimiento de ese peligro, quizás indemostrable, pero de todos modos irrefutable? Frente a ello me puedo mostrar indeciso, pero el desenlace final es irreversible: debo renunciar. La comparación con el pájaro en mano y ciento volando sólo encaja aquí de forma vaga. No tengo nada en la mano, todo está volando, y sin embargo -así lo dictan las condiciones de lucha y las necesidades de la vida- debo elegir la nada.

*Noviembre de 1919
De Carta al padre*

"Con ello me caliento en este triste invierno". Las metáforas son una de las muchas cosas que provocan mi desesperación al escribir. La falta de autonomía del escribir, el depender de una criada que enciende la lumbre, del gato que se está calentando junto a la estufa, incluso del pobre anciano que busca calor. Todo ellos son actos autónomos, con sus propias leyes; sólo el acto de escribir está desamparado, no vive en sí mismo, es chanza y desesperación.

*6 de diciembre de 1921
Diarios*

Cuando no puede uno ayudar, debe callar. Nadie debe empeorar con su desesperanza el estado del paciente. Por ello mismo deben ser destruidos todos mis garabateos. No soy una luz. Sólo he quedado enganchado en mis propias espinas. Soy un callejón sin salida.

1920-1923

Conversación de Kafka con Gustav Janouch

Pero, ¿qué hay de la condición misma de ser escritor? El escribir es un dulce y maravilloso premio, pero ¿para qué? Por la noche, con esa claridad de la enseñanza de párvulos, se me hizo evidente que se trataba del salario por servicios diabólicos. Este bajar a los oscuros poderes, ese desencadenamiento de los espíritus encadenados por naturaleza, dudosos abrazos y cuantas cosas puedan ocurrir todavía allí abajo, de las cuales no se sabe nada arriba, cuando se están escribiendo narraciones a la luz del sol. Quizás exista también otra forma de escribir, pero sólo conozco ésta; por la noche, cuando el miedo no me deja dormir sólo conozco ésta. Y lo diabólico que hay en ella se me aparece con toda claridad. Es la vanidad y la sensualidad, que de continuo gira en torno a la figura propia o a una ajena, gozando de ella -el movimiento se diversifica entonces y se convierte en un sistema solar de vanidades. Lo que a veces desea el hombre ingenuo: "Quisiera morir y ver cómo lloran por mí", lo lleva a la práctica continuamente un escritor así, pues muere (o deja de vivir) y se llora de continuo. (...)

Para vivir sólo es preciso renunciar al autodesfrute; instalarse en la casa, en lugar de admirarla y adornarla.

(...)

La primera norma del escritor no es el desvelo, sino el ensimismamiento...

Plana, 5 de julio de 1922

Carta a Max Brod

Todo este acto de escribir no es más que la bandera de Robinsón en el punto más elevado de la isla.

Plana 12 de julio de 1922

Carta a Max Brod